

nacimientos me hizo creer, al menos por lo que a Francia se refiere, que hijos y perros son términos antitéticos.

Los hijos comienzan a dar horror a los matrimonios franceses. La mujer quiere ser esposa para disfrutar de las ventajas extraordinarias que le da la posesión de un marido; pero en cuanto a ser madre... *je n'aime pas cette saleté là* (no me gusta esa porquería) os contestarán algunas. Para ese tipo de mujer casada francesa, el hijo es, si no una *saleté*, como oiréis de labios de las señoras de cierto género, una carga pesada que no presenta ninguna ventaja, sobre todo cuando esas esposas están de paso en el matrimonio, es decir, como excusa para aprovechar la *lapadera* marital, o como medio de convertirse en divorciadas. Ese tipo de casada sin hijos es hoy tan corriente en la sociedad francesa, que a quien lo negara bastaría decirle que la población de Francia perdió en 1911 unos 35,000 habitantes debido a la falta de nacimientos. Es de advertir que el número de casamientos fué el normal y que las condiciones sanitarias del país fueron excelentes; de modo que aquel atroz decrecimiento de población se explica únicamente por el hecho de no haber procreado los matrimonios.

Como consecuencia lógica, aumenta la pasión por los perros, porque en el hogar doméstico ha de haber algo que alegre, que entretenga, que alborote y, en último término, que se coma las sobras de la comida. ¿Qué mejor, pues, que un perro? Este no destru-

ye los muebles, no gasta en vestidos, no llora, no marranea, no ata, no sujeta, no impone obligaciones, ni estraga a su ama por el parto o por la crianza, como hace un chiquillo, esa *saleté* que miran con horror tantísimos matrimonios franceses. Un perro es un objeto de lujo barato; puede obtener premios en las Exposiciones, atrae las miradas de la gente hacia su ama y entretiene las horas de tedio con sus monerías, con su *toilette* o con habilidades poco confesables.

A la muchacha soltera de antaño se le daba un muñeco, se le enseñaba a ser madre; a la señorita de hoy se le da un perrito, que la futura esposa utiliza de mil maneras poniendo en él afectos y cariños que a la larga matarán el amor maternal. No es esto ninguna exageración, sino una realidad que entra por los ojos al menos observador. El perro se sobrepone al hijo y a medida que avanza aquél éste retrocede. Entre tanto los alemanes, sanos de cuerpo y espíritu, y las alemanas, caseras, prolíficas, verdaderas máquinas de hijos, se regocijan y fomentan la afición perruna de las señoras y señoritas francesas. Pues ¡qué! ¿No son ellos, los alemanes malignos, quienes han creado e importado en Francia ese monísimo y delicado tipo de perro llamado lulú de Pomerania que trae revolucionadas a las parisien-ses? Ya no es con cañones, sino con perros! como acaban con la raza enemiga.

E. DIAZ-REYG

París, junio 1912.

Sol para el corazón

Querida Mencha:

... Caminando a la ventura, afuerado de la ciudad, me interné por una calleja, la más ruinosa, florecida de silencio. En un recodo del camino di con un denso mango a cuyo pie, mustia, se alza una vivienda. ¡Si vieras cuánto olvido circunda a aquella choza!

Tumbado en el umbral de la única

entrada se hallaba un niño de los mismos años, a mi ver, de tu hermano Alfonso. Un rubio muchachito sopor-tando impasible las más ardientes vibraciones del sol.

—¿Es que sientes frío?

—Yo, no, es para mi hermanita.

Confuso con la infantil respuesta, añadí: